

# El Concilio Vaticano II y las relaciones fe-cultura. Evocación personal

Xavier Morlans

Sacerdote de la diócesis de Barcelona, profesor de la Facultad de Teología de Catalunya y consultor del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización  
E-mail: xaviermorlans@gmail.com

Nací en agosto de 1949, y he guardado siempre una vivencia muy clara de mi infancia y de mi adolescencia vividas en el contexto del catolicismo preconiliar. Recuerdo todavía aquel 7 de marzo de 1965, primer domingo de Cuaresma, el día en que la liturgia de la Palabra de la Eucaristía se celebró en lengua vernácula por primera vez –en mi caso en lengua catalana en el Seminario Menor de Barcelona–. No deseo dar pie a una evocación maniquea y empiezo reconociendo a grandes rasgos lo que debo a aquella etapa: el sentido de Dios como ser «personal» y trascendente ante el cual soy responsable de lo que haga con mi vida; la vida como vocación de servicio; el amor al prójimo, especialmente al pobre y al enfermo como piedra de toque de la autenticidad de la fe; la eucaristía dominical como centro de la vida cristiana; el rosario diario rezado en familia junto al hogar, y una emoción especial al cantar la *Salve*

*Regina* al final de la eucaristía dominical. También el testimonio de fe y de amor de gentes sencillas, payeses y trabajadoras en fábricas de hilados en mi entrañable pueblecito, Llinars del Vallés, a unos 40 kilómetros al norte de Barcelona, en los años 50.

## 1. El espacio: sagrado/profano

El recuerdo agradecido de mis raíces cristianas no obsta para reconocer el impacto que supuso la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II en varios ámbitos, entre ellos –tal como se me pide en esta evocación– en lo relativo a las relaciones fe-cultura. Lo más determinante en este sentido –y narrado desde la conciencia de un adolescente– fue el hecho de pasar de una consideración del *templo* como el lugar donde ocurren las cosas de Dios a la consideración de *la calle* y *la vida* como escenarios igualmente aptos para el encuentro con este

mismo Dios. Dicha transición la pude realizar progresivamente en el Seminario Menor de Barcelona donde estuve de los diez hasta los diecisiete años (1959-1966), y gracias especialmente al equipo de formadores, jóvenes sacerdotes diocesanos procedentes varios de ellos de su primera experiencia pastoral en la JOC (Juventud Obrera Cristiana).

Recuerdo todavía el tacto y el olor que desprendía el Nuevo Testamento recién editado por la Abadía de Montserrat en un formato de bolsillo y muy agradable de lectura. Leyéndolo por primera vez tuve la percepción del Jesús que recorría las plazas y pueblos, y empecé a dibujármelo el cristianismo como seguimiento y amistad con Jesús que se puede y debe realizar sin excepción en todos los ámbitos de la vida.

### 2. El tiempo: la memoria y el imaginario colectivo

Las coordenadas de la fe y de la cultura vienen muy marcadas también por la percepción del entorno social en el que nos movemos y por el imaginario colectivo que habitamos o que nos habita. En este sentido, es de todos sabido que la memoria histórica alimentada en la escuela, en la predicación y en los

medios de comunicación de aquellos años –el inefable noticiario dominical de obligatoria exhibición en los cines, el «NO-DO»– era la del llamado nacional-catolicismo con el mito de una España uniforme desde los Reyes Católicos y el imaginario colectivo creado por el relato de la guerra civil (1936-1939) narrada desde la óptica de los vencedores.

Recibí de mis tutores una nueva lectura de la historia del país al que habían llegado mis abuelos procedentes de Aragón en busca de trabajo y fortuna a principios del siglo XX. La toma de conciencia progresiva y natural que propició el ambiente, la formación y la cultura en el Seminario Menor se adelantaba a lo que casi simultáneamente se iba confirmando en las sesiones del Concilio Vaticano II, especialmente en todo el debate que cristalizaría en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual (1965): el valor de la democracia, la libertad de conciencia, la autonomía de las realidades temporales, la actitud de diálogo respecto de la cultura y sus diversas manifestaciones, la defensa de las minorías étnicas y nacionales, la necesaria encarnación de la Iglesia en las culturas, el compromiso de los cristianos en la transformación de la sociedad y, en general, la atención a *los signos*

de los tiempos, entre ellos la promoción de la mujer, la promoción de las clases trabajadoras y la independencia de los países colonizados... Todo eso lo fuimos asimilando de manera natural y sin traumas en aquellos años de formación, que por lo demás encajaba también con lo que se vivía en la sociedad, especialmente entre los que habían conservado la memoria histórica de los vencidos y entre los sectores más vivos e inquietos.

### 3. Prensa, literatura, cultura popular

Cada uno de estos grandes capítulos merecería una evocación, pero por fuerza debo concentrarme en lo más significativo. La actitud de diálogo y empatía con la cultura secular se traducía en una iniciación al seguimiento cotidiano de la información en aquellos años, preferentemente la prensa diaria y las revistas semanales. Recuerdo que con los años acabó siendo un hábito autoimpuesto la lectura diaria de la prensa –*El Correo Catalán*, *La Vanguardia*– y la lectura semanal de por lo menos un par de revistas –*Destino* y, más tarde, *Triunfo*–.

El hábito de lectura muy estimulado en el Seminario se extendió a

las grandes novelas católicas –Graham Green, Bernanos, Mauriac, Dostoiesky...– y como culmen la gran novela sobre la guerra civil en Cataluña, *Incerta glòria*, de Joan Sales, traducida no hace mucho al castellano. A mis dieciocho años tuve mi encuentro con una versión nada maniquea de lo que fueron las diferentes confrontaciones en nuestro país. Aprendí estupefacto que había existido un anarquismo pacifista, y unos republicanos que se dedicaron a salvar sacerdotes y gentes de orden, y que también hubo catalanes católicos y fieles a la república. Y que hubo heroísmo y villanía en ambos lados y una sed de gloria buscada en el amor y en la guerra que sólo el encuentro personal con Dios puede saciar.

Fue también en el viejo escenario del Seminario Menor donde oí por primera vez cantar en catalán sobre temas de la vida cotidiana y, por supuesto, reivindicando lo catalán. «Els setze jutges», el colectivo de cantautores catalanes, actuó más de una vez en nuestro seminario, como lo hizo al principio en multitud de locales parroquiales. De esa época me vino por puro mimetismo la afición a la guitarra que luego tan útil me ha sido en las tareas pastorales como privilegiado instrumento de comunicación.

#### 4. El cine

Les sorprende a mis sobrinos mi manera de ver la televisión. Si hay una televisión prendida en el comedor o la miro con atención o no la miro para nada, pero no puedo simultanear una conversación con el seguimiento de la tele, cosa tan normal para ellos. Creo que eso nos viene a los de mi generación por la adicción a la gran pantalla que era el único momento de la semana –en aquella larga, triste y gris postguerra española– en que se nos abría la ventana a la fantasía, especialmente si la película era en *technicolor*.

Todavía pillé unos primeros años en que, cuando llegaban las vacaciones de verano, a los seminaristas se nos prohibía ir al cine y al baile. En lo del baile fui obediente, pero en lo del cine, no. De hecho los tutores más jóvenes eran más condescendientes con el séptimo arte.

Quién nos iba a decir que en un par de años se cambiarían las tornas y que sería el seminario –menor y más tarde el mayor– el lugar de la iniciación al ritual de los cinefóruns. Ya en el Mayor (1968) nos ponían unas matinales a base del más puro Bergmann que nos habituó ya para toda la vida a ver buen cine (gracias Jordi Piquer, gracias Lluís Espinal, luego már-

tir en Bolivia en 1980). Todo ello repercutió en la valoración del buen cine como medio de conocimiento espiritual en la pantalla global de la cultura contemporánea.

#### 5. El diálogo de altura

Esta evocación personal que por ceñirse a mi proceso biográfico, ha empezado con aspectos relativos a lo cultural más bien a nivel popular y cotidiano, debe dar cuenta ahora, aunque sea de manera sucinta, del cambio que supuso el Concilio Vaticano II en la práctica del diálogo fe-cultura a gran escala, es decir, en el terreno de la filosofía y el gran pensamiento. Veníamos de una subcultura clerical –los manuales tardoescolásticos que estudiaron sacerdotes apenas diez años mayores respecto de mi generación– y en la Facultad de Teología de Cataluña tuvimos la inmensa suerte de estrenar profesores acabados de llegar de los centros de formación de Salamanca como Andrés Rodríguez Resina, de París como Evangelista Vilanova, de Lovaina como Josep Maria Via Taltavull, de Alemania como Joan Pelegrí, Ramon Sala y Josep Rius-Camps, o de Roma como Pere Tena, Josep Maria Rovira Bellosó, Vicenç Capdevila y Antoni Matabosch. ¡Qué espléndida

generación! Y cómo la valoramos ahora que poco a poco nos van dejando...!

Las referencias directas a los pensadores más influyentes en la cultura europea y mundial eran habituales en nuestras clases tanto de filosofía como de teología: Heidegger, Zubiri, Ricoeur, Levinas, Wittgenstein... En el ámbito teológico, obviamente era constante la presencia de los Barth, von Rad, Bultmann, Pannenberg y, por supuesto, los grandes teólogos católicos Rahner, von Balthasar, De Lubac, Congar, Chenu, Bouillard...

A pesar de vivir en un ambiente de gran interés por lo político y con ansias de praxis inmediata, fui enviado a estudiar a Roma y pude asistir a las clases de profesores de la talla de De la Potterie, Vanhoye, Alfaro, Alszeghy, Martelet, Henrici, y realizar una tesis doctoral sobre Maurice Blondel, el fundador de la teología fundamental tal como se practicó a partir del Vaticano II.

### 6. Autocrítica

Lo cortés no quita lo valiente y encuentro justo un apunte, aunque sea breve, de autocrítica serena y cariñosa. Cada vez estoy más convencido de una especie de ley histórica: cuanto más exagerada

es en una generación la versión de unas determinadas convicciones o costumbres, tanto más exagerada hacia el polo opuesto será la reacción en la generación siguiente. Fuimos una generación que veníamos de una liturgia en latín rígida y muy rubricista y en general desconectada de la vida y asociada a un pensamiento conservador. La reacción estaba cantada: nos fuimos –por decirlo rápido y con riesgo de simplificar– al otro extremo. Buscábamos a Dios en la vida y nos seducían expresiones como «la sacramentalidad de la vida misma» y «la acción histórica como lugar de encuentro con Dios». Luego, con los años, uno aprende a encontrar el equilibrio y a valorar lo uno sin negar lo otro.

Algo parecido podría decirse con todos los matices necesarios del diálogo y de la empatía proyectada hacia la cultura laica y secular. Un cierto encandilamiento con los análisis y los gurús de la llamada izquierda progresista sí que lo hubo, y un cierto deseo de redimirnos de tantos años de maridaje de la Iglesia oficial con el franquismo, también. Pero los años se encargan de poner las cosas en su sitio y, repito, se trata de dar a cada uno lo suyo, o para decirlo con frase simple, de saber distinguir entre el uso y el abuso.

## 7. Retos pendientes

Los retos pendientes son varios. Me limito a señalar dos de muy diversa índole. En primer lugar lo relativo al *orden de los afectos*. La expresión es del teólogo milanés Pierangelo Sequeri y hace referencia a la necesidad de integrar en el discurso teológico todo lo relativo a la afectividad humana superando un discurso unilateralmente intelectual y aséptico. Tengo para mí, con otros observadores, que la revolución más decisiva y determinante del siglo XX –más que las revoluciones sociales– ha sido el cambio de las relaciones entre el hombre y la mujer. Los grandes cambios de paradigmas –científico, bíblico, social– han comportado más tarde o más temprano por parte de las normativas de la Iglesia una adaptación realista y equilibrada a las exigencias de los nuevos tiempos sin ceder en lo esencial. Es, pues, un reto pendiente que también en el orden de los afectos las normativas de la Iglesia se adapten a las nuevas situaciones en lo que son medidas disciplinares que no afectan ni a los contenidos del dogma, ni a los de la moral fundamental.

En otro orden muy distinto de cosas, un reto pendiente en nuestro ámbito español es la necesaria purificación integral de la memoria y

una verdadera reconciliación de las dos Españas. Desde mi modesto punto de vista me atrevo a proponer una especie de fórmula breve –«kerigma» de la reconciliación– susceptible de ser desarrollado y mejor matizado y fundamentado:

«Nosotros, hijos y nietos de aquellos que durante tres largos años se enfrentaron en una guerra entre hermanos, desde la perspectiva que nos dan los años y ante la responsabilidad que sentimos de cara a las nuevas generaciones, reconocemos y convenimos en expresar la siguiente valoración de aquellos dramáticos sucesos: en una época de grandes penurias económicas y laborales, con un reciente y precario acceso de gran parte de la población a recursos culturales tan necesarios como la alfabetización, no se supieron encauzar –a pesar de diversos intentos– por los caminos del diálogo y del debate de las ideas, las grandes diferencias sociales, políticas, ideológicas y religiosas acumuladas o emergentes, de manera que –aunque no faltaron en todos los bandos ciudadanos ejemplares y heroicos que no aceptaban la violencia como medio de resolver los conflictos, y aunque buena parte de la población quedó inerte como víctima inocente entre dos fuegos– se apoderó de sectores decisivos de la sociedad situados en general en los extre-

mos del espectro político la igual convicción que el futuro de España sólo podía pasar por la eliminación física del adversario ideológico o político.

Con ello –y sin querer de ninguna manera establecer una especie de igualación general en cuanto a las responsabilidades históricas y concretas que la ciencia histórica en su día pueda esclarecer– sentimos el deber histórico de acordar que más allá o más acá de las iniciativas personales y grupales que pudieron de alguna manera provocar, desencadenar o retroalimentar la contienda, un clima colectivo de pasión irracional y de odio se apoderó de muchos, tanto en un bando como en otro. Por todo ello nosotros hoy sentimos pena y dolor, por tanta muerte y tanto dolor causado por los unos a los otros, y por las secuelas de odio y resentimiento que llegan hasta nuestros días; re-

conocemos que en cierta manera todos fuimos víctimas de un destino trágico; afirmamos convencidos que nadie puede sentirse orgulloso del clima previo, del inicio, del desarrollo, del desenlace y de las largas secuelas de aquella contienda entre hermanos; y en un acto que va más allá de la justicia estricta –aunque no la descarta en lo que afecta especialmente a una valoración histórica objetiva de las responsabilidades específicas del inicio del conflicto– *nos pedimos humildemente perdón los unos a los otros en nombre de nuestros padres y abuelos*, con la voluntad firme de no volver a invocar nunca más aquella guerra para alimentar opciones partidistas, sino al contrario para aprender cómo no deben resolverse los conflictos ideológicos y para edificar un futuro que evite la repetición del enfrentamiento ciego e irracional entre hermanos. ■